Revista de Historia Contemporánea
Año 2006 · Nº 1

alcores

LA(S) RESPONSABILIDAD(ES) DEL HISTORIADOR

27 de marzo
FUNDACIÓN VEINTISIETE DE MARZO
ISSN: 1886-8770

 ISSN:1886-8770

Index

DOSSIER:
The Historian's Responsibility(ies)
Ignacio Peiró Martín, ed.

Introduction.
Absent does not necessarily Mean Inexistent:
Past and Present Responsibility in Spanish Historiography.
Ignacio PEIRÓ MARTÍN 9-26

Responsibility and Irresponsibility of Historical Studies.
A Critical Consideration of the Ethic Dimension of the Historian's Work.
Jörn RÜSEN 29-45

The Historian's Responsibility.
Peter MANDLER 47-61

Beyond his trade, the historian in society.
Francisco Javier CASPISTEGUI 63-93

A Great Nation's Disenchantment.
Jean-François CHANET 95-101

The Italian Way. The Generous Anachronisms of Italian Patriotism.
Raffaele ROMANELLI 103-117

Subtilitas Applicandi. Myth in Spanish Historiography during Franco's era.
Miquel A. Marín GELABERT 119-144

VARIA

The Castilian Exhibit of 1859.
Rafael SERRANO GARCÍA 149-166

Immigration and Castilian and Leonese Associationism in America.
Juan Andrés BLANCO RODRÍGUEZ 169-206

MAKING HISTORY

Social Catholicism in Castile and León. An Overview.
Enrique BERZAL DE LA ROSA 211-232

Documents, Repression, Archives.
Miguel Ángel JARAMILLO GUERREIRA 235-254

CONTEXT

Ortega y Gasset and Spanish Right Movements.
Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS 259-287

COLLABORATORS 290-292
SUMARIO ANALÍTICO 296-298
ANALITIC SUMMARY 302-304

 ISSN:1886-8770

Índice

Dossier:
La(s) Responsabilidad(es) del Historiador
Ignacio Peiró Martín, ed.

Presentación.
"Ausente" no quiere decir inexistente:
La responsabilidad en el pasado y en el presente de la historiografía española.
Ignacio Peiró Martín 9-26

Responsabilidad e irresponsabilidad en los estudios históricos.
Una consideración crítica de la dimensión ética en la labor del historiador.
Jörn Rüsen 29-45

La responsabilidad del historiador.
Peter Mandler 47-61

Más allá de su oficio, el historiador en sociedad.
Francisco Javier Caspistegui 63-93

El desencanto de la gran nación.
Jean-François Chanet 95-101

Hacer a los italianos. Los generosos anacronismos del patriotismo italiano.
Raffaele Romanelli 103-117

Subtilitas Applicandi. El mito en la historiografía española del Franquismo.
Miquel A. Marín Gelabert 119-144

Varia

La exposición castellana de 1859.
Rafael Serrano García 149-166

Emigración y asociacionismo castellano y leonés en América.
Juan Andrés Blanco Rodríguez 169-206

Haciendo Historia

Catolicismo social en Castilla y León. Estado de la cuestión.
Enrique Berzal de la Rosa 211-232

Documentos, represión y archivos.
Miguel Ángel Jaramillo Guerreira 235-254

Contexto

Ortega y Gasset y las derechas españolas.
Pedro Carlos González Cuevas 259-287

COLABORADORES 290-292
SUMARIO ANALÍTICO 296-298
ANALITIC SUMMARY 302-304

Dossier
La(s) Responsabilidad(es) del Historiador

Ignacio Peiró Martín, ed.

Alcores 1, 2006, pp. 9-26 ISSN:1886-8770

"Ausente" no quiere decir inexistente: La responsabilidad en el pasado y en el presente de la historiografía española.

Ignacio Peiró Martín
Universidad de Zaragoza

Resumen: El texto esboza un panorama del desarrollo de la profesión de historiador en España en los cien últimos años. En su primera parte, se analizan las vinculaciones de la profesionalización con los conceptos de historia y cultura nacional, señalando las rupturas originadas por la guerra civil y la instauración de la dictadura franquista. En segundo lugar, se abordan algunas de las inercias heredadas que planean sobre nuestra historiografía y se apuntan los efectos provocados dentro de la profesión por la actualización del debate sobre la cuestión nacional. Al final, el contexto internacional de la historiografía sirve de marco para reflexionar acerca de la conexión entre los problemas de la teoría y la práctica histórica de la responsabilidad.
Palabras clave: Historiografía, historiadores, responsabilidad, España.

Abstract: This paper briefly outlines the developmental scope of the historians' profession in Spain in the latest hundred years. In its first part, it analyzes the links between professionalization and history and national identity concepts, remarkably upon the breaks breaded by the Spanish Civil War and the first establishment of the Francoist Dictatorship. Secondly, it deals with the inheritance inertia suffered by the Spanish current historiography in order to update the debate on the cuestión nacional (national matter). Conclusively, the international context of our historiography is used as a reflection framework on the connection between theoretical problems and the practice of historical responsibility.
Key words: Historiography, historians, responsibility, Spain.

La profesión de historiador en España apenas cuenta con poco más de cien años de historia. Sin embargo, si lo decimos con claridad, a riesgo de alguna simplificación, se trata de un pasado «ausente» y casi «olvidado» por la reciente historiografía profesional. Esta ausencia no sólo debemos entenderla como un reflejo del rechazo de los historiadores españoles contemporáneos respecto a su propia tradición –que nunca ha funcionado como tal–, sino también de las incertidumbres derivadas del presente de la disciplina y el escepticismo conturbado acerca del significado de la profesión. Precisamente por este motivo, he querido aprovechar estas páginas de presentación del dossier, *La(s) responsabilidad(es) del historiador,* para introducir unas pequeñas notas historiográficas que permitan conectar algunas preguntas surgidas de nuestra actualidad más inmediata con las respuestas establecidas por las generaciones que iniciaron su recorrido profesional, a partir de 1900.

Hasta entonces la realidad de la historiografía española se presenta ante nuestros ojos como algo heterogéneo, múltiple, en estratos apretadamente superpuestos. Un mundo de academias, de eruditos pertenecientes a las «clases directoras», de liberales cultivados, políticos monárquicos y conservadores, progresistas y republicanos, responsables de la creación de lo que debía ser la *cultura nacional* española. La noción que no era única, ni uniforme, abarcaba e incluía desde la «historia nacional» –entendida como la historia de su unidad– y su equivalencia con la historia de la literatura y la lengua castellanas, hasta el amplio cortejo de fenómenos intelectuales y valores morales asociados a la religión católica y los sentimientos patrióticos, al arte o la cultura del recuerdo y la conmemoración[1]. Una conciencia histórica del pasado nacional y, en definitiva, una «ideología de la nación» que, si bien deberíamos rastrearla en el XVIII, se fue construyendo a lo largo del XIX mediante un complejo proceso de interpenetración entre espacios regionales e internacionales, percepciones burguesas compartidas y culturas políticas contrapuestas, experiencias del pasado más reciente y apasionadas expectativas por el incierto futuro[2].

---

[1] Como ejemplo de que sólo en algunos casos la idea de nación se vinculaba también a la idea de libertad, véase ROMEO MATEO, M. C.: «La tradición progresista: historia revolucionaria, historia nacional», en M. Suárez Cortina (ed.), *La redención del pueblo. La cultura progresista en la España liberal,* Santander, Universidad de Cantabria, 2006, pp. 81-113.

[2] El concepto de «cultura nacional» en ESPAGNE, M.: *Les transferts culturels franco-allemands,* Paris, PUF, 1999, pp. 17-33. Este libro nos introduce en los debates sobre las transferencias culturales en la construcción de las naciones que podemos seguir en la introducción de STUCHTEY, B. y WENDE, P.: «Towards a Comparative History of Anglo-German Historiographical Traditions and Transfers», del libro colectivo editado por ellos mismos, *British and German Historiography 1750-1950, Traditions, Perceptions and Transfers,* New York-London, Oxford University Press – German Historical Institute London, 2000, pp. 1-24; los artículos de MIDDELL, M.: «European History and Cultural Transfer», *Diogenes,* 189, 48/1 (2000), pp. 23-30; WERNER, M. y ZIMMERMANN, B.: «Penser l'histoire croisée: entre empirie et réflexivité», *Annales HSS,* 1 (janvier-février 2003), pp. 7-36; SMITH, H. W.: «For a Differently Centered Central European History: Reflections on Jürgen Osterhammel, *Geschichtswissenschaft Jenseits des Nationmalstaats*», *Central European History,* 37, 1 (2004), pp. 115-136; y el libro colectivo editado por CHARLE, C., SCHRIEWER J. y WAGNER M. (eds.): *Transnational Intellectual Networks: Forms of Academic Knowledge and the Search for Cultural Identities,* Frankfurt am M., Campus Verlag, 2004.

La responsabilidad en el pasado: Historia y cultura nacional española.

Cuando a principios del siglo XX se creó la profesión de historiador[3], los más importantes y brillantes partidarios de la «moderna historia» heredaron de sus precursores las obligaciones «nacionales» resultantes de la representación histórica de España. Sin embargo, los efectos provocados por el trauma de 1898, mezclados con las nuevas exigencias metodológicas de la disciplina, avivaron sus urgencias y les hicieron sentirse diferentes. Vinculada a una concepción progresista de la «política pedagógica», dicha diferencia les llevó a plantearse la cuestión de la función social del historiador y la responsabilidad ética de la historia de variadas formas. Al fin y al cabo, su mirada cosmopolita les había otorgado la posibilidad de conocer la importancia de los valores patrióticos divulgados por sus colegas alemanes, franceses o anglosajones que pensaban la historia como un medio para impulsar la educación política nacional y la regeneración de sus distintos países.

Con todos sus contrastes y rasgos propios, las transferencias culturales relacionadas con la creciente internacionalización de la historiografía española otorgaron a la primera y casi única generación de profesionales del período –la de Ribera, Sales y Ferré, Ibarra, Altamira, Deleito, Menéndez Pidal, Carande, Sánchez Albornoz o Bosch-Gimpera– la suficiente seguridad en su forma de estudiar el pasado para acusar tanto a la historiografía académica anterior como a los historiadores nacionalistas de las regiones. Ajustadas las cuentas con la vieja «historia de partido», de la primera criticaron el patrioterismo y el pesimismo emanado de las «Leyendas de la Historia de España» y sus deficiencias para representar la historia de la nación. Mitoclastas con las elaboraciones que estaban convirtiendo ciertos acontecimientos y ciertos personajes históricos en *historia sagrada* y símbolos identitarios, a los segundos les acusaron de plantear «diferencias antropológicas fundamentales» entre los españoles e intentar «descargarse de responsabilidades históricas quienes creían haber vivido una vida aparte de la mayoría del país y subordinada a éste»[4]. En el espejo del oficio destilar de fábulas y quimeras el pasado se veía como una de las muchas responsabilidades del historiador español serio. Probablemente, con mejor espíritu que eficacia, se creían «científicos» por investigar la «historia objetiva» de España y entenderla en su relación con los objetos locales-regionales como la única forma inteligente de hacer frente a las tentaciones irracionalistas nacidas del subsconsciente de la memoria, de las elaboraciones mitohistóricas que no escapaban a las herencias más primitivas de los individuos y las masas[5].

---

[3] Hace algunos años, esbocé un panorama del desarrollo de la profesión en España hasta 1975 en la «Introducción» al *Diccionario Akal de Historiadores Españoles Contemporáneos (1840-1980)*, Madrid, Akal, 2002, pp. 9-45 (el cuerpo de la obra en colaboración con Gonzalo Pasamar). Para el período de 1880-1940, alguna de las sendas interpretativas allí apuntadas las he precisado reeleboradas en mi libro *Los maestros de la historia: Eduardo Ibarra y la profesión de historiador en España*, Pamplona, Urgoiti Editores, 2006 (de próxima aparición).

[4] ALTAMIRA, R.: *Psicología del pueblo español*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1997 (1902), p. 45 (las críticas a los regionalistas y separatistas, especialmente, en pp. 143-147).

[5] Mircea Eliade explicó que, en las sociedades arcaicas, el mito designa «una "historia verdadera", y lo que es más, una historia de inapreciable valor, porque es sagrada, ejemplar y significativa», *Mito y realidad*, Madrid,

Y seguramente esto fue así, porque el compromiso con la «política de la historia» de esta generación se sustentaba sobre la imagen del historiador como portador indiscutible de la «verdad». Para bien o para mal, todos eran universitarios y la comunidad que estaban construyendo se inventó una definición ideológica propia. Inspirada en el ideal positivista del sabio universitario alemán y fundada en la convicción del poder de la profesión y la verdad de la ciencia, la «politique de l'apolitisme», puesta de moda por los profesores franceses del período de entreguerras, atravesó los Pirineos para oponerse a lo arbitrario, a las pasiones mundanas, a quienes predicaban credos políticos y religiosos desde las cátedras[6]. Sobre el papel, esta especie de filosofía de la vida (con su mezcla de ética universitaria y responsabilidad profesional) suponía la creación de un espacio científico autónomo, homogéneo y universalista. Un medio políticamente neutral, sin apenas referencias al mundo exterior en el que las polémicas debían circunscribirse a los campos de trabajo de la disciplina y las concepciones objetivas e imparciales del conocimiento histórico. Por decirlo de manera aparentemente paradójica, los profesionales españoles del primer tercio del siglo XX intentaron levantar «una isla de ortodoxia en un mar de heterodoxia»[7].

Sin duda, esta clarividente confianza en sí mismos contrasta con la ambigua percepción que se tiene en nuestros días de sus evidencias históricas y juicios morales realizados en nombre de la deontología profesional. Mucho más, cuando sabemos cómo, en la década de 1930, se fracturó el frágil consenso logrado entre aquellos «maestros de la historia nacional». En cualquier caso, las tensiones ideológicas se hubieran quedado en un problema derivado del proceso de institucionalización de la historia universitaria, si al mirar hacia adelante no existiera el fatídico verano de 1936 y un horizonte teñido de sangre en el que las armas del pensamiento fueron tomadas al asalto por las tropas de la irracionalidad y la violencia, convirtiendo la «guerra de ideas en España» en una experiencia abrumadora. Forjada por la desesperada tragedia de la muerte y sellada con el estigma indeleble de los vencidos, en la medida en que los «enemigos» pasaron a ser los mismos españoles, la imagen de la guerra civil como acontecimiento fundador de la *nueva España* rompió en pedazos el puzzle de razones históricas y plurales expectativas políticas que, hasta entonces, componían el concepto de *cultura nacional* española:

> «No hay que tomar a ningún pueblo de España –había explicado Pere Bosch-Gimpera–, ni a su cultura, como representante exclusivo del pueblo español o de la cultura española, ni atribuir patentes de heterodoxia a los demás.

Guadarrama, 1973, p. 13. Los conceptos de mito, historia y mitohistoria, en el capítulo primero de MALI, J.: *Mythistory. The Making of a Modern Historiography*, Chicago, The University of Chicago Press, 2003, pp. 1-35.

[6] Recordaremos la célebre conferencia de WEBER, M.: «Wissenschaft als Beruf», pronunciada en 1919 ante una asamblea de jóvenes estudiantes reunida en Munich (traducción española de ABELLÁN, J.: *La ciencia como profesión / La política como profesión*, Madrid, Espasa Calpe, 1992, pp. 51-89). Para el caso francés, véase DUMOULIN, O.: *Le rôle social de l'historien. De la chaire au prétoire*, Paris, Albin Michel, 2003, pp. 223-225.

[7] La cita está recogida del muy crítico y fundamental libro de NOVICK, P.: *Ese Noble Sueño. La objetividad y la historia profesional norteamericana*, México, Instituto Mora, 1997, I, p. 82.

> La verdadera España se halla todavía en formación y lejos de haberse constituido definitivamente. En la Historia y en los tiempos presentes hay culturas españolas, la «cultura española» está por venir y será la resultante de aquéllas. No sabemos si las más representativas serán unas u otras, las que han florecido ya o las que se despertarán. Pero no será ninguna cultura impuesta, como España no será una zona de dominio para ninguno de sus pueblos o para ninguno de sus grupos de hombres, sino una resultante de una floración natural, de una cooperación espontánea y de una unión cordial y libre.
>
> En medio de la tragedia actual, de la crisis más profunda que han podido vivir nunca nuestros pueblos, creemos en ellos y en España»[8].

La infinita dictadura del «Caudillo» se situó al margen de la historia al persistir de forma continua e incesante en perpetuar la profunda escisión de la idea de España. En tal sentido, el *mito de las dos Españas* que había atravesado el siglo XIX en plumas de escritores, pensadores y poetas, ardió en el patológico incendio «antiespañol» avivado sin mesura por el «españolísimo» Francisco Franco Bahamonde[9]. En la práctica, las nuevas doctrinas que se autoproclamaban como esencialmente nacionalistas, convirtieron la «historia nacional» en un principio sacrosanto y una cárcel para el futuro de la nación española[10]. Y de la misma manera indecente con que el Nuevo Estado se encargó de congelar el pasado, de hacer olvidar o impedir tomar conciencia de la muerte de las otras partes de la nación, los historiadores franquistas extendieron el acta de defunción sobre la historiografía anterior tachándola de liberal. De paso, desde la tesis de la exclusión de los «otros», *el mito de la Anti-España* y la realidad de una *España peregrina*, arrancó la primera «hora cero» de la memoria profesional de la historiografía española. Como un fenómeno más del holocausto cultural sobre el que se asentó el régimen, la condición de historiador se vio privada de su pasado y de una parte importante de su presente al aplicarle in extenso el milenario y ejemplar castigo propuesto para la «casa matriz» de la Institución Libre de Enseñanza:

---

[8] BOSCH GIMPERA, P.: «España», Conferencia impartida en la Universidad de Valencia en febrero de 1937, recogida en P. Ruiz Torres (ed.), *Discursos sobre la Historia. Lecciones de apertura de curso en la Universidad de Valencia (1870-1937)*, València, Universitat de València, 2000, p. 366. La trayectoria intelectual de este autor y su toma de posición política en el prólogo de CORTADELLA, J.: «Historia de un libro que se sostenía por sí mismo: la *Etnología de la Península Ibérica* de Pere Bosch Gimpera», a la reedición de BOSCH GIMPERA, P.: *Etnologia de la Península Ibèrica*, Pamplona, Urgoiti Editores, 2003, pp. IX-CCXLIV.

[9] Giovanni Belardelli rastrea el origen internacional de la imagen de las «dos naciones» (utilizada por Jefferson a principios del XIX para Estados Unidos y, más tarde, aplicada a Francia por Thierry, a Gran Bretaña por Disraeli, etc.), para estudiar su desarrollo en Italia desde Mazzini hasta el fascismo, recordando el apelativo de «antitaliano» que, como gran virtud, se le otorgó a Mussolini, «un Italiano contro gli italiani» («Le due Italia», en G. Belardelli, L. Cafagna, E. Galli della Logia y G. Sabbatucci, *Miti e storia dell'Italia unita*, Bologna, il Mulino, 1999, pp. 53-62). En su versión de historia de los intelectuales españoles, el mito de las dos Españas lo apunta JULIÁ, S.: *Historias de las dos Españas*, Madrid, Taurus, 2004.

[10] Para el caso italiano, la idea la expuso GENTILE, E.: «La nazione del fascismo. Alle origini del declino dello Stato nazionale», en el libro colectivo coordinado por G. Spadolini (coord.), *Nazione e nazionalità in Italia. Dall'alba del secolo ai nostri giorni*, Bari, Laterza, 1994, pp. 65-124. Agradezco la noticia de esta obra al profesor Ismael Saz Campos cuyo libro *España contra España. Los nacionalismos franquistas*, resulta imprescindible para entender las corrientes nacionalistas del franquismo (Madrid, Marcial Pons Historia, 2003).

> «Como en los días gloriosos imperiales, podría arrasarse la edificación, sembrar de sal el solar y poner un cartel que recordase a las generaciones futuras la traición de los dueños de aquella casa para con la Patria inmortal».

Esta represión *casi total* de la profesión acabó con el «tiempo de las escuelas históricas», iniciando el período de la «dictadura de los catedráticos». Una perversa combinación de arbitrariedades políticas, indecentes conductas académicas y solidaridades ideológicas entre los historiadores –desde la pequeña minoría de activos falangistas y convencidos franquistas hasta la mayoría de pragmáticos y siempre sumisos colaboracionistas–, que marcarían el desarrollo socio-profesional del oficio. Invertidos los principios que regían los mecanismos de cooptación universitaria, los historiadores del período configuraron un modelo profesional basado en la heterogeneidad de opiniones, actitudes culturales y comportamientos docentes derivados de la «personalidad» de los catedráticos. Una comunidad regida por los principios del mandarinato y definida por la obsolescencia de su academicismo, cuyas rigideces y jerarquizadas formas exteriores enmascaraban la extraordinaria vacuidad de una profesión regida por las líneas maestras de la sumisión. No hay sino recordar la convergencia en sus filas de las incompetencias individuales más manifiestas, la inevitable ausencia de la crítica –siempre percibida en términos de ataques personales–, y cómo la simple honestidad «científica» se convirtió en un bien escaso y preciado. Un patrimonio celosamente custodiado por el puñado de «grandes» que labraron de manera individual sus propias trayectorias intelectuales y, con todas las cautelas del mundo, lanzaron algunas llamadas a la *modernización* de la historia. Hija del 18 de julio, el propio arranque de la refundada profesión demuestra la alianza establecida con la política y la ideología del régimen. Sólo así se entiende el notable poder académico que pudo disfrutar y, tras su consolidación institucional en las décadas de 1950 y 1960, la posibilidad que ha tenido de seguir proyectando su larga sombra en no pocos procesos de reproducción interna –hasta los años ochenta- y en fenómenos historiográficos de nuestros días.

Pero no fue todo esto lo peor. Lo grave es que los historiadores del período introdujeron una especie de *censura* de campo a través de la propia configuración del campo del saber histórico, mediante la autoimposición de una limitada gama de categorías históricas y la aplicación de «valores» ajenos a las *especialidades*. Por lo cual no hubo originalidad, ni verdad sino en los detalles. Al respecto, una vez más tenemos que recordar que en los treinta y seis primeros años del siglo XX, la historiografía «científica» española no había gozado del «tiempo intelectual» imprescindible para asimilar las corrientes europeas y elaborar un entramado de categorías con la suficiente densidad teórica y el carácter normativo necesario para aplicar con operatividad al estudio de todas las facetas del pasado nacional. A partir del 1 de abril de 1939, arrastrados por «la marea de ideologismo», el positivismo «esquemático» y la retórica sur-

---

[11] GONZÁLEZ PALENCIA, A.: «La herencia de la Institución Libre de Enseñanza», en el libro colectivo, *Una poderosa fuerza secreta. La Institución Libre de Enseñanza,* San Sebastián, Editorial Española, S.A., 1940, p. 273.

gida del más rancio y palabrero nacionalismo españolista, los *contenidos* de la historia nacional se limitaron a «nuestras actuales fronteras políticas»[12]. Y es que, como bien sabían Tovar y Vicens, Lacarra o Jover, los historiadores se refugiaron en la mitologización del pasado, la ortodoxia de los siglos y el culto al hispanismo. Eran los «valores» de curso legal que, mezclados con el catolicismo, inhabilitaban cualquier tipo de perspectiva teórica o conceptual que superara los límites dictados por la metodología histórica. Descubrir que quienes *produjeron* la historia oficial durante tantas décadas, que quienes dominaron la universidad y construyeron una profesión a su medida, estuvieron involucrados en la guerra y en la dictadura franquista es, todavía hoy, una de las preguntas sin resolver de la historiografía española[13].

Inercias, irresponsabilidades y prácticas contemporáneas.

A dilucidar alguna de estas cosas nos puede ayudar la bibliografía europea sobre estos temas. Sugerentes y provocadores los títulos publicados nos adentran en el corazón de unas comunidades de historiadores que tienen interiorizada la autocrítica como base de la cohesión interna del oficio y la consideran una de sus primeras responsabilidades profesionales. Y precisamente porque en Alemania el estudio del pasado de la profesión no es un «extraño», su caso puede ser paradigmático de los debates que, desde la complejidad de actitudes y contextos, se están sucediendo en Gran Bretaña, Italia o Francia[14]. Los «nuevos historiadores» alemanes que conciben la responsabilidad no sólo como una reacción derivada de la culpa, sino también como una forma de afirmación de la «verdad» de la historia como *disciplina científica*, se han sentido obligados a vincular las investigaciones sobre su más reciente y agitado pasado con el cuestionamiento del papel de los historiadores envueltos en el nacionalsocialismo. Sin olvidar los más demoledores ataques a las imágenes «oficiales» construidas por los grandes maestros de la posguerra y los discípulos que les sucedie-

---

12 TOVAR, A.: «Confesiones en el Centenario», *Revista*, 79 (15-21 de octubre de 1953) (citado por MAINER, J. C.: «Los primeros años de Revista (1952-1955): diálogo desde Barcelona», en J.-M. Desvois (ed.), *Prensa, impresos, lectura en el mundo hispánico contemporáneo. Homenaje a Jean-François Botrel*, Rennes, PILAR, 2005, p. 418).

13 Un pequeño grupo de «nuevos historiadores», entre los que destaca Miquel Ángel Marín Gelabert (*Los historiadores españoles en el franquismo, 1948-1975. La historia local al servicio de la patria*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico»-Prensas Universitarias de Zaragoza, 2004), están trabajando temas relacionados con la profesión durante el franquismo o los catedráticos de historia en la Universidad del período (Carolina Rodríguez). Sin embargo, como un síntoma del retraso de nuestra historiografía es interesante recordar que, siguiendo la estela del trabajo pionero de Gonzalo Pasamar, estas investigaciones se siguen moviendo en el nivel estructural de las instituciones, poderes académicos y análisis de contenidos; adentrándose, apenas en el estudio «intencional» de aquellos historiadores. Por supuesto, trabajos como el de Francisco Gracia Alonso, que apuntan en la línea de la responsabilidad, no han generado el mínimo debate entre los profesionales («Arqueología de la memoria. Batallones disciplinarios de soldados-trabajadores y tropas del ejército en las excavaciones de Ampurias (1940-1943)», en C. Molinero, M. Sala y J. Sobrequés (eds.), *Una inmensa prisión. Los campos de concentración y las prisiones durante la guerra civil y el franquismo*, Barcelona, Crítica, 2003, pp. 37-59). Las investigaciones sobre la represión y depuración universitaria de Francisco Morente Valero o Jaume Claret Miranda, cercanas a la historia social se alejan bastante de la historia de la historiografía.

14 Sólo a título de ejemplo recordaré las páginas que Phillippe Burrin dedicó al «intocable» Lucien Febvre en *La France à l'heure allemande, 1940-1944*, Paris, Éditions du Seuil, 1955, pp. 322-329.

ron desde mediados de 1960[15]. Por el contrario, los historiadores españoles contemporáneos parecen seguir bajo los efectos provocados por la segunda «hora cero» de la memoria profesional surgida de la Transición. Instalados en una especie de negativa a cuestionar la historia de la profesión, en asuntos relativos a la historiografía franquista las posturas están muy decantadas. Existen profesionales cuya acusada alergia a reconocer antecedentes en los historiadores de la dictadura les lleva a rechazar directamente su *presencia* como parte de una historia de la historia española que consideran de «escaso interés» para sus investigaciones. Y los hay, sin embargo, que mantienen una persistente actitud de «complicidad» con los miembros de la comunidad que les precedieron.

Con la biografía como reina, el artículo de recuerdos como justificación y el homenaje como excusa, esta segunda forma de narrar el pasado de la profesión ha favorecido el desarrollo de un territorio historiográfico alejado de la crítica. Un espacio más sentimental que científico cuyos inevitables matices y perfiles equívocos abarcan desde la «novela familiar» freudiana hasta la evocación agradecida, el ánimo apologético y la simpatía tolerante. Se trata de una literatura de «opiniones» y «primeras impresiones» exculpatorias dedicada a documentar las imágenes preconcebidas de sí mismos y las intachables sociologías de la fama construidas *a posteriori* por unos historiadores que, como refuerzo de sus olvidos y silencios, se acostumbraron a matizar su *colaboración* con la aplicación de la idea del *exilio interior* y a excusar su *comportamiento* con la declaración pública de sus ideologías de «toda la vida»[16]. Orientaciones políticas e ideológicas que, en la mayoría de los casos, se entroncan con el «espíritu liberal» de un Ortega o con alguna de las versiones más ortodoxas, presentistas y confortables de los distintos nacionalismos hispanos[17]. De esta manera, mediante la utilización de resortes ajenos a la especialidad historiográfica, pero aplicados sobre ella, esta bibliografía ha consolidado una nueva *censura* de campo a

---

[15] La visión panorámica que ofrece el artículo de LORENZ, C.: «Encrucijadas. Reflexiones acerca del papel de los historiadores alemanes en los debates públicos recientes sobre historia actual», en M. Cruz y D. Brauer (comps.), *La comprensión del pasado. Escritos sobre filosofía de la historia*, Barcelona, Herder, 2005, pp. 335-381; la podemos completar con el debate surgido a raíz de la publicación de su libro y la ponencia leída por BERG, N. en el congreso de la Asociación de Historiadores Alemanes, «Historiographiegeschichte und ihre Kontexte. Zur Kritik an «Der Holocaust un die westdeutschen Historiker. Erforschung und Erinnerung», en A. Eckert y V. Ziegeldorf (eds.), *Der Holocaust un die westdeutschen Historiker. Eine Debatte*, Clio-online, Berlin, Humboldt-Universität zu Berlin, 2004, pp. 87-108, donde desde la crítica y la función social del historiador confirma la tesis del conocimiento y la participación de los historiadores alemanes en el Holocausto. Una reacción a su libro en el artículo de WOJAK, I.: «Nicolas Berg and the West German Historians. A response to his «handbook» on the historiography of the Holocaust», *German History*, 22, 1 (2004), pp. 101-118 (agradezco la información y su ayuda con la bibliografía alemana a Miquel A. Marín).

[16] La tipología del comportamiento de los historiadores alemanes en el nazismo apuntada por LORENZ, C., «Encrucijadas.», pp. 341-342, puede servir de modelo para depurar la «colaboración» de los historiadores franquistas y para matizar e incluso, en la mayoría de los casos, abandonar la idea del «exilio interior» que permitía una supuesta autonomía mental e intelectual interna a la manera que aplica, por ejemplo, FONTANA, J.: «L'Epistolari de Jaume Vicens Vives. Notes de lectura», *Manuscrits*, 19 (2001), pp. 157-162 (especialmente p. 159).

[17] Manipulación hagiográfica a la que no escapan alguno de los nombres del exilio. Sobre este tema, seguimos

través del control de los recursos necesarios (departamentos, publicaciones periódicas, circuitos editoriales o memorias institucionales). Por descontado no se trata de ninguna operación interpretativa, sino más bien de apropiaciones gratuitas de imágenes biográficas y asociaciones caseras a cánones ideológicamente prefijados. Desde 1990 en adelante, esto ha generado un subgénero pseudo-historiográfico y facilitado el desarrollo de una tendencia singular de nuestras actuales historiografías «oficiales» capaz de provocar todo un conjunto de solidaridades afectivas y la abierta repulsa a las pocas obras que se hacen preguntas sobre las responsabilidades individuales de los autores que adquirieron prominencia en el franquismo[18].

A mi juicio, esta situación se explica por el contagio irresponsable de una parte de la profesión con el virus del relativismo intelectual que convalida cualquier relato como relato posible al opinar que cualquier creencia sobre algún tema, o quizás sobre cualquier tema, es tan buena como cualquier otra. Algo epistemológicamente insostenible, pero cuyas mutaciones aleatorias permiten encadenar lo señalado hasta aquí con dos de los fenómenos historiográficos recientes que están distorsionando el desarrollo de la historia y la profesión de historiador entre nosotros. El primero de ellos estaría relacionado con las actitudes de un reducido número de historiadores que, después de 2000, han salido de los armarios académicos donde permanecían discretamente enquistados para asumir los juicios de valor del peor *revisionismo*[19]. Legitimadores oficiales de la cuadrilla de los más «duros» y mediáticos «purificadores de la Historia», estos «revisionistas blandos» –viejos historiadores franquistas a los que se han unido algunos jóvenes «neoliberales»– se afanan en caricaturizarse a sí mismos al adoptar la simplificación prejuiciada como arma de la historia. Después de todo, la ampliación impulsada desde los medios y el mercado editorial de un público ansioso por creer estas «verdades» contrapuestas a los «engaños habituales» escritos por los historiadores profesionales, les ha proporcionado la oportunidad de trivializar cuando no de negar la realidad del pasado de la guerra civil y el franquismo, mediante una valoración igualitaria de los acontecimientos y las manifiestas teorías del caos, el desorden y la conspiración

---

sin disponer de un estudio de síntesis que nos muestre su importancia en la creación de «espacios libres» y «alternativos», desde finales de 1950 y, sobre todo, a lo largo de las décadas de los sesenta y setenta.

18 Como he tenido ocasión de comprobar personalmente tras la aparición del *Diccionario Akal de Historiadores (1840-1980)*, la etiqueta de «franquista», acompañada de su filiación o proximidad a alguna de las distintas familias político-religiosas del régimen, sigue levantando reacciones de todo tipo –desde las más educadas y paternales hasta alguna realizada en tono bastante airado–. Eso sí, casi todos estaban de acuerdo en recordar que los franquistas eran los «otros» y solicitar la condición de «liberales de toda la vida» para sus defendidos.

19 Mientras, un académico tan «liberal» como Carlos Seco Serrano no dudará en sostener la tesis de la conspiración desde 1934, citando a uno de los personajes que nunca deberían aparecer en una bibliografía seria («Jesús Pabón. Su vida y su obra», en prólogo a PABÓN Y SUÁREZ DE URBINA, J.: *Las ideas y el sistema napoleónicos*, Pamplona, Urgoiti Editores, 2003, p. XIII, nota 14), un converso como el hispanista Stanley G. Payne utiliza argumentos muy cercanos al de estos revisionistas en *El colapso de la República. Los orígenes de la guerra civil (1933-1936)*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2005. Relación a la que podríamos añadir los nombres de algún joven rector de universidad privada y otras promesas de la historia nacional española.

republicana[20]. Más aún: alumbradas sus polémicas a la luz de términos políticos de un presente que se cree perpetuo, los recientes debates sobre el estado y la nación(es) les ha permitido volver a resucitar la idea de *cultura nacional* en su versión más unívoca e inmutable. Seguramente, desde la añoranza del mito del *carácter nacional* español y la negación de una historia atenta a la fragilidad del presente y la multiplicidad de los futuros posibles[21]. En perspectiva caballera, sin duda, se trata de un pequeño incendio intelectual que entronca con el más universal e inquietante fenómeno de los *revisionismos históricos* internacionales y «la contraofensiva global política e ideológica de la derecha a partir de finales de los años noventa, cuya articulación más intensa se ha producido en los Estados Unidos, desde el 11 de septiembre de 2001»[22]. Pero vistas las cosas a ras del suelo de nuestra historiografía, uno está tentado a interpretarlo también como un reflejo de las líneas de continuidad mantenidas por la facción más conservadora de la profesión con su pasado más reciente[23].

En este contexto, tampoco me resisto a dejar de pensar en las inercias heredadas del modelo profesional franquista cuando intento comprender el actual panorama de una historiografía condicionada por la creciente politización de la historia y por el apasionado sentimiento de patrimonialización particularista del pasado que ha invadido a la sociedad española contemporánea. Mucho más complejo que el anterior, este segundo fenómeno estaría relacionado, de entrada, con los efectos provocados por la «demanda social» del «expertise sur le passé» surgida desde el espacio político a partir de los años noventa. En la práctica, la creación de un mercado oficioso de la

---

20 La distinción entre un revisionismo «hard» y un revisionismo «soft», «bien plus important que le premier, et qui balaie tout sur son passage», en ROBIN R.: *La mémoire saturée*, París, Stock, 2003, p. 197. En 1996, Domenico Losurdo publicó en italiano una original investigación donde entroncaba los orígenes del revisionismo histórico con la cultura liberal y rastreaba su desarrollo en el seno de las democracias occidentales (*Le révisionnisme en histoire. Problèmes et mythes*, Paris, Albin Michel, 2006).

21 Olvidando que, mientras aquel «amenazador y peligroso» mito fue revisado y desacralizado hace más de tres décadas por el lúcido «lobo solitario», CARO BAROJA; J. («El mito del «carácter nacional» y su formación con respecto a España», en *El mito del carácter nacional. Meditaciones a contrapelo*, Madrid, Seminarios y Ediciones, S.A., 1970, pp. 71-135), ni sus carreras como historiadores en el franquismo, ni sus comportamientos personales han sido sometidos a ninguna revisión. Una aproximación a la historia intelectual de la idea de carácter nacional y las nuevas interpretaciones aplicadas al estudio de las identidades nacionales en el libro de ROMANI, R.: *National Character and Public Spirit in Britain and France, 1750-1914*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002.

22 BALFOUR, S.: «El revisionismo histórico y la Guerra Civil», *Pasajes. Revista de pensamiento contemporáneo*, 19 (invierno 2005-2006), p. 61.

23 El personal diagnóstico sobre la actualidad de la profesión aquí esbozado, puede completarse con los muy acertados análisis de RUIZ TORRES, P.: «Les usages politiques de l'histoire en Espagne. Formes, limites et contradictions», en F. Hartog y J. Revel (dirs.), *Les usages politiques du passé*, Paris, Éditions de l'École des Hautes Études en Sciences Sociales, 2001 pp. 129-156; o por PÉREZ GARZÓN, J. S.: «El historiador en España: condiciones y tribulaciones de un gremio», en B. Pellistrandi (ed.), *La historiografía francesa del siglo XX y su acogida en España. Coloquio internacional (noviembre de 1999)*, Madrid, Casa de Velázquez, 2002, pp. 407-423; y, del mismo autor: «Los historiadores en la política española», en J. J. Carreras Ares y C. Forcadell Álvarez (eds.), *Usos públicos de la Historia. Ponencias del VI Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea (Universidad de Zaragoza, 2002)*, Madrid, Marcial Pons, Ediciones de Historia–Prensas Universitarias de Zaragoza, 2003, pp. 107-144.

historia paralelo al universitario ha establecido una zona fronteriza caracterizada por la aparición de un heterogéneo grupo de «historiadores cortesanos». Directamente vinculados con los pensadores de éxito y los intelectuales a la moda[24], su naturaleza e instintos camaleónicos les han permitido crecer diseminados por la topografía autonómica en una escala cromática que, con todos los matices y reservas, incluye desde autocomplacientes catedráticos universitarios a eruditos locales de muy segundo orden, pasando por antiguos animadores culturales. En sus diferentes versiones –desde la más vulgar a la más refinada y noble– estos expertos del pasado se han asociado a los políticos con derechos de profecía y gobierno para convertirse en una especie de «nuevos historiadores oficiales» dedicados a gestionar más que la historia, las distintas «políticas de la memoria identitaria» inventadas por los partidos en el poder[25]. Así, apoyada en los abundantes recursos públicos, la prensa de parroquia y las opiniones de los advenedizos ansiosos, la rueda de la fortuna de la historia ha vuelto a girar hasta el espacio donde es comprendida como un simple medio para el adoctrinamiento político. Un «espectáculo» acaramelado para la píldora de la educación política cuyas mejores representaciones se encuentran en el fortalecimiento de los discursos renacionalizadores de la «memoria oficial», el desatado frenesí conmemorativo y, en definitiva, en la paulatina deshistorización de un pasado que, una vez mitificado, amenaza con transformarse en un carnaval de memorias fetichizadas y auténticas religiones civiles[26].

Recordar a estas alturas del artículo el sentido de la responsabilidad de los primeros «maestros de la historia» ante los mitos y la sacralización del pasado, puede que tuviera mucho de añoranza y bastante más, incluso, de tentación glorificadora de la historiografía de aquel período. Sin embargo, porque sabemos que en la historia nada se constituye únicamente por la simple suma de sus antecedentes y la recatada aceptación de las tradiciones, probablemente mucho mejor que eso sería volver a repasar la larga lista de filósofos, científicos sociales e historiadores empeñados en recordarnos que en la historia de la historia no hay un desarrollo evolutivo de las argumentaciones, sino que es más bien el fruto de una tensión continua, de una sucesión de debates acerca de problemas recurrentes, acerca de conceptos esencial-

---

24 Por lo que nos toca, puede resultar interesante releer las conferencias que sobre el intelectual en el mundo contemporáneo nos dejó SAID, E. W.: *Representaciones del intelectual,* Barcelona, Paidós, 1996; y la descripción, cargada de ironía, realizada por DE LAMICH, C.: *El pensador de éxito. Manual secreto para intelectuales de moda,* Barcelona, Anthropos, 1999.

25 Véase NÚÑEZ SEIXAS, X. M.: «Inventar la región, inventar la nación: acerca de los neorregionalismos autonómicos en la España del último tercio del siglo XX», en C. Forcadell Álvarez y A. Sabio Alcutén (coords.), *Las escalas del pasado. IV Congreso de Historia Local de Aragón (Barbastro, 3-5 de julio de 2003),* Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, Barbastro, UNED, 2005, pp. 45-79.

26 Los innumerables significados del concepto de identidad permiten que sea usado para casi todo, incluso, para no decir nada. Por lo demás, se trata de una noción en la que confluyen la «memoria», el «patrimonio» y la «conmemoración» (HARTOG, F.: *Régimes d'historicité. Presentisme et experiences du temps,* Paris, Éditions du Seuil, 2003, p. 132). En su perspectiva internacional algunas reflexiones sobre lo señalado en el texto, en mi artículo «La consagración de la memoria: una mirada panorámica a la historiografía contemporánea», *Ayer,* 53, (2004 / 1), pp. 179-205.

mente en conflicto. Si esto es cierto, también es importante observar que «los retornos son cada vez más iguales pero también diversos, porque son modificados por las situaciones nuevas en que se producen». De ese modo, aunque «exhiban elementos comunes y similares, son experiencias cada vez originales y diferentes; es más, son sobre todo las diferencias las que producen significado»[27]. A partir de esas premisas y de su corolario más inmediato (la nación y el nacionalismo continúan como un marco de referencia fundamental que determina la politización de la historiografía en la España de 2006), resulta imposible dejar de mencionar las tensiones que en el seno de la profesión está provocando la *cuestión nacional*. Pero acaso, antes de nada, resulte mucho más difícil renunciar a darle la razón a Edward Hallett Carr cuando decía «Estudien al historiador antes de ponerse a estudiar los hechos»[28].

Y es que no solamente se trata de ver la naturaleza cognitiva de los estudios históricos (problemas de orientación, perspectivas históricas, métodos, formas historiográficas y funciones de la historiografía), sino también en señalar en qué medida el decenio de 1990 presenció la articulación de un horizonte político-cultural nacionalista que, sin distinción de especialidades y áreas de investigación, comenzó a determinar la vida intelectual y a definir la producción profesional de una parte importante de los historiadores españoles[29]. Entender su desarrollo desde entonces es complicado. Primero, porque hay demasiadas preguntas que no son de fácil respuesta acerca del protagonismo de unas generaciones que se implicaron en la disidencia política y los espacios libres de la historiografía antifranquista –digamos la que surge en torno a 1965-75–, o sobre la autoridad moral de quienes, ante las incertidumbres generadas por las sucesivas «crisis» del conocimiento histórico y los cambios socio-políticos internacionales de finales de 1980, se han visto afectados por distintos síndromes identitarios. Y segundo, porque en los casos más regresivos, este proceso repleto de desengaños intelectuales, dolorosos silencios profesionales e incompatibilidades ideológicas sobrevenidas, amenaza con romper la lógica de la unidad y homogeneidad de la profesión.

---

27 SETTIS, S.: *El futuro de lo «clásico»*, Madrid, Abada Editores, 2006, p. 126.

28 CARR, E. H.: *¿Qué es la Historia? Conferencias «George Macaulay Trevelyan» dictadas en la Universidad de Cambridge en enero-marzo de 1961*, Barcelona, Seix Barral, 1981, pp. 31.

29 De la abundante bibliografía sobre estos temas, encontramos referencias sobre las principales obras, tendencias surgidas y formas históricas adoptadas por los debates «nacionales», en el monográfico editado por GARCÍA ROVIRA, A. M. (ed.): *España, ¿nación de naciones, Ayer*, 35 (1999), pp. 11-206; el prefacio de PÉREZ GARZÓN, J. S.: «Condicionantes e inquietudes de un libro: A modo de presentación», en J.S. Pérez Garzón et alii, *La gestión de la memoria. La historia de España al servicio del poder*, Barcelona, Crítica, 2000, pp. 7-31; el libro de DE LA GRANJA, J. L., BERAMENDI, J. y ANGUERA, P.: *La España de los nacionalismos y las autonomías*, Madrid, Editorial Síntesis, 2001; el dossier *Construir Espanya al segle XIX, Afers*, 48 (2004), entre cuyas colaboraciones destaca por su puesta al día del debate sobre la débil nacionalización, la firmada por ARCHILÉS, F. y MARTÍ, M.: «La construcció de la regió com a mecanisme nacionalitzador i la tesi de la dèbil nacionalització espanyola», (pp. 265-308); o el ensayo de FRADERA, J. M.: «La dificultat de descriure la nació («regió» i «nació» en la historiografia catalana i internacional)», en J. M. Fradera y E. Ucelay-Da Cal (eds.), *Notícia nova de Catalunya. Consideracions critiques sobre la historiografia catalana als cinquanta anys de Notícia de Catalunya de Jaume Vicens i Vives*, Barcelona, Centre de Cultura Contemporània de Barcelona, 2005, pp. 121-157.

Los síntomas son claros, si bien se mira. Por un lado, al confundir el irrenunciable aspecto militante ligado a la función social de la ciencia histórica y el compromiso intelectual con que el historiador debe ponerse al servicio de la «verdad» (entiéndase «veracidad», «distanciamiento científico», y/o «integridad»)[30] con las obtusas historiografías de partido que combinan explícitamente el compromiso histórico con el activismo político. Alimentados por el convencimiento de ser la vanguardia de las «naciones», estos revisionismos partisanos se vinculan a la realización de ciertas ideas «esenciales» y respecto al cumplimiento de las cuales la investigación histórica se convierte en un arma y una bandera reivindicativa de unas *identidades estáticas.* Por otro y por razones similares, al transformar lo que debían ser tendencias y querellas historiográficas en confrontaciones de bandos y polémicas políticas entre los historiadores nacionalistas y los «otros». Confortable y casera delimitación utilizada para alinear en el costado de enfrente a los que se reconocen como «distintos»: los autóctonos que no necesitan demostrar su *pertenencia* o *identidad* y los historiadores foráneos del resto del Estado –especialmente, *«alguns historiadors nacionalistes espanyols enragés»*–[31]. Y viceversa. De hecho, tratándose de un pecado mayor y una tentación difícil de evitar para casi todos –comprendidos los descreídos y los desencantados de la nación–, también parece claro que las miradas en el «espejo de alteridad» desde este lado, pudieran tener algo de reflejo inquisitorial y mucho de torpeza acomodaticia ante el esfuerzo que significa, junto al replanteamiento de los conceptos de *cultura* e *historia nacional,* modificar el canon fosilizado de la historiografía española –y por ende de «nuestra» idea de España–[32].

La responsabilidad en el presente.

Al final, porque «ausente no quiere decir inexistente» y porque hoy tenemos muchos nacionalistas, troquelados en los más variados moldes ideológicos del(os) nacionalismo(s) estatal y autonómicos, éste primer decenio del siglo XXI podría ser un buen momento para que los historiadores españoles volviéramos a mirar hacia la historia a través de los valores de la profesión. Por descontado, para criticar las manipulaciones políticas del pasado desde la convicción colectiva de que, en el presente,

---

30 Desprestigiado definitivamente el tradicional concepto de «objetividad», las ideas planteadas por Norbert Elias (1983), acerca de que la objetividad del trabajo científico está sometido a una disciplina colectiva *(Compromiso y distanciamiento. Ensayos de sociología del conocimiento,* Barcelona, Península, 2002), han impulsado la aparición de una nueva concepción de la «objetividad» que pone el acento en los procesos de «distanciamiento» vinculados a las prácticas de la investigación y no sobre el objeto de la historia. De ese modo, Gérard Noiriel, señala que «Le meilleur critère pour apprécier le degré d'objetivité atteint par une discipline scientifique, c'est donc de mesurer l'intensité des pratiques collectives qui lient les membres du groupe» *(Introduction à la socio-histoire,* Paris, Éditions La Découverte, 2006, p. 105).

31 OLMOS I TAMARIT, V. S. y COLOMINES I COMPANYS, A.: «Vint anys d'historiografía als Països Catalans (1985-2005)», *Afers,* 50 (2005), p. 7, nota 2; los debates internos sobre la identidad de los historiadores catalanes, abiertos desde la década de 1980, y las diferencias marcadas con los historiadores «neo-españolistas», en GUIU, C. y PÉQUIGNOT, S.: «Historiographie catalane, histoire vive. À propos de quelques ouvrages récents», *Mélanges de la Casa de Velázquez,* 36, 1 (2006), pp. 285-306.

32 Sobre el concepto de «canon» y su posible aplicación a la historiografía española, véase CASPÍSTEGUI, F. J.: «El discurso canónico en la historiografía: los clásicos españoles», *Ayer,* 60 (2004 / 4), pp. 311-335.

de todos los posibles «usos públicos de la historia» el «político es el más determinante, pues permea todos los demás y, en sus formas extremas, es el que degrada a la historia, transformándola en una historia meramente instrumental, sin más razón que su utilidad para ser usada»[33]. Pero sobre todo, porque la historia puede ser redimida de ese empleo instrumental, a condición de recuperar la extraordinaria complejidad del pasado mediante la asimilación crítica de las responsabilidades basadas en la «autocompresión» *(Selbstverständnis)* del historiador[34].

En tal sentido, la reflexión sobre este tema no sólo se refiere a la actualidad inmediata; tiene un significado y un ámbito bastante más vasto, más allá de nuestro tiempo y nuestro país, e induce a preguntarse sobre el objetivo de los historiadores profesionales por superar la naturaleza ideológicamente maleable del pasado. Y de entrada, la respuesta no deja de ser inquietante, pues, como ha señalado recientemente Michael Bentley, la ideología es algo inherente al trabajo del historiador: «All ages are ideological whether they admit it or not, all historians are political whether they feel committed or not, all cultural environments fashion their participants whether they know it or not». Pero más podría serlo, si el reconocimiento de esta realidad que atraviesa por completo como una especie de obsesión recurrente la historia de la historia en los cien últimos años, nos hiciera olvidar que, de ninguna manera, el historiador es un político. Como profesión de «neutralidad» ideológica, parece claro que no podemos hablar de un *tiempo en que se perdió la inocencia,* porque quizás la historiografía nunca la tuvo, ni los historiadores han sido jamás seres candorosos o simplemente inocentes. En cambio, como profesión de ética social, resulta difícil desmentir que escribir contra el «ideologismo» profundizó la modernización del discurso histórico eliminando prejuicios al elevar el tono de la argumentación histórica y asegurar la hegemonía de los hechos sobre la ideología. Y también, que el incremento de la politización en la academia siempre ha supuesto una amenaza para la «autocomprensión» de los historiadores profesionales («modernizantes»), al impedir a menudo la crítica interna y promover la desconfianza y el descrédito de su trabajo[35].

En la perspectiva doméstica de lo que está ocurriendo delante de nosotros, ser responsables sería una forma de aludir al compromiso que supone afrontar la experiencia de la diversidad político-cultural de la nación con la ética de la historia. Lo que

---

33 CARRERAS ARES, J. J. y FORCADELL ÁLVAREZ, C.: «Introducción. Historia y política: los usos», en J. J. Carreras Ares y C. Forcadell Álvarez (eds.), *Usos públicos de la Historia,* p. 14. Por el lugar en que fue dictada y el momento (inauguración de curso en la Universidad Centroeuropea de Budapest), me parece interesante recordar la conferencia de HOBSBAWM, E. J.: «La Historia, de nuevo amenazada», donde señalaba que una de las funciones del profesor universitario que enseña historia es la de transmitir a los estudiantes la «responsabilidad ante los hechos históricos en general y la responsabilidad de criticar las manipulaciones político-económicas de la historia en particular» (*El Viejo Topo,* 72 (febrero de 1994), p. 80).

34 PANDEL, H.-J.: «Wer is ein Historiker? Forschung und Lehre als Bestimmungsfaktoren in der Geschichtswissenschaft des 19. Jahrhunderts», en W. Küttler, J. Rüsen y E. Schulin (eds.), *Geschichtsdiskurs. Grundlagen und Methoden der Historiographiegeschichte,* Humanities Online: Frankfurt am Main, 1993, pp. 346-354 (entre otras cuestiones, plantea las diferencias entre los historiadores profesionales y los amateurs).

35 BENTLEY, M.: *Modernizing England's Past. English Historiography in the Age of Modernism, 1870-1970,* Cambridge University Press, 2005, p. 169.

quiere decir, por modo afirmativo, que es necesario reconciliar la conceptualización de lo nacional, la comprensión de los procesos de nacionalización española y la revisión de los particularismos identitarios de los nacionalismos hispánicos con los principios de la racionalización metódica del saber y el conocimiento alcanzados por la disciplina histórica. Después de todo, el problema fundamental de la «elaboración del pasado» *(Aufarbeitung der Vergangenheit)* nos remite directamente al nivel de la reflexión autocrítica de una profesión cuyo desarrollo se fortalece o debilita de acuerdo a los impulsos motores que le transmite la noción de *responsabilidad.*

En efecto, embarcados los historiadores internacionales en una especie de «patología de la historia» desde mediados de los años ochenta, las polémicas desarrolladas en la siguiente década sobre el significado de la historia y la naturaleza de sus «crisis», les indujeron a preguntarse acerca de la profesión y sobre sus funciones en el mundo contemporáneo. Las respuestas no se hicieron esperar por parte de un oficio que, además de negarse a cumplimentar las «exequias prematuras» de la historia y la hegemonía doctrinaria de la «civilización occidental», invocaron la cuestión de la *responsabilidad social* como una defensa y una opción para repensar de raíz los significados a los que el concepto hacía referencia. Con oportunidad, las colaboraciones reunidas por François Bédarida en el número monográfico de la revista *Diogène* y en el pequeño libro, *The Social Responsibility of the Historian,* intentaron determinar cuáles entre sus sentidos seguían vivos y continuaban teniendo validez[36]. Con el cambio de siglo, la nueva coyuntura historiográfica marcada por los «usos políticos de la historia», las crisis de las «memorias nacionales» y las dislocaciones provocadas por el ir y venir entre *identidad* y *alteridad* en el contexto de la temida y mal definida globalización, impulsaron la celebración del congreso «Social Values and the Responsabilities ot the Historian»[37] e hicieron proponer a François Hartog y Jacques Revel, como uno de los grandes temas para el XIX Congreso Internacional de Ciencias Históricas de Oslo, los «Usages et abus de l'Historie et responsabilité présente et passée de l'historien»[38].

---

36 El malogrado François Bedarida actuó como coordinador y editor respectivamente del dossier sobre «La responsabilité sociale de l'historien», *Diogène,* 168 (octobre-décembre 1994); y del libro: *The Social Responsibility of the Historian,* New York, Berghahn Books, 1995 (con artículos de P. Ricoeur, C. Meier, E. Florescano, E. J. Hobsbawm, A. J. Gourévitch y N. Gallerano). El libro se publicó en la colección «History», la más importante de la editorial, que en 2002 se convirtió en «Making Sense of History», dirigida por J. Rüsen, junto a los profesores de la Universidad de Virginia, Alon Confino y Alan D. Megill.

37 El congreso se celebró en el Huizinga Research Institute and Graduate School of Cultural History de Amsterdam (1997), las actas que recogen las intervenciones de C. Ginzburg, P. Gay, J. Rüsen, F. Bedarida, G. Eley o A. Mitzman fueron editadas por J. Leerssen y A. Rigney, *Historians and Social Values,* Ámsterdam, Amsterdam University, 2000 (interesa especialmente la contribución de MOMMSEN, W. J.: «Moral Commitment and Scholarly Detachment: The Social Function of the Historian», pp. 45-55).

38 HARTOG, F. y REVEL, J. : «Note de conjoncture historiographique», en F. Hartog y J. Revel, (dirs.), *Les usages politiques du passé,* p. 24. En el congreso celebrado en Oslo en agosto de 2000, la propuesta se plasmaría en un *Major Theme* dirigido por Georg G. Iggers con el título *The uses and misuses of history and the responsibility of the historians, past and present,* con intervenciones de F. Bedarida, F. Hartog, A. De Baets, W. Kansteiner y el propio G. G. Iggers; y en un *Specialised Theme: An Assessment on XXth-Century Historiography. Professionalzation, Methodologies, Writings,* bajo la dirección de R. Torstendahl, que daría lugar al libro homónimo donde recogía, entre otras, las ponencias de Q. E. Wang, L. Raphael, R. T. Vann o I. Veit-Brause (Goteborg, Akademie Verlag, 2000).

Un tiempo después, un dossier de *History and Theory,* y poco antes, el espléndido libro de Olivier Dumoulin, *Le rôle social de l'historien,* volvían con las mejores armas historiográficas sobre el problema del papel social, la cuestión de los juicios morales y el impacto de la ética en el trabajo de los historiadores[39].

A la vista de todo esto, llamar la atención de los profesionales españoles sobre el tema de «La(s) responsabilidad(es) del historiador», no me parece en absoluto una ambición obvia. Antes bien, se trataría de ampliar el foco de nuestra atención, de llevarlo al plano superior del pensamiento histórico contemporáneo, e insertar la cuestión en el debate general de las ciencias sociales centrado en las «consecuencias de las acciones» a largo plazo y bastante menos en el tema de los principios y las convicciones[40]. El propósito de apuntar la conexión entre los problemas de la teoría y la práctica histórica de la *responsabilidad* (estructuralmente intersubjetiva por las interpelaciones *ante quién* o en *nombre de qué,* que siempre le acompañan, exigen respuesta y determinan las acciones) es la fuerza de unidad de los seis artículos reunidos en el presente dossier.

En primera instancia, Jörn Rüsen, considerado el padre de uno de los dos paradigmas por los que avanza la historiografía contemporánea[41], nos introduce en el mundo de la razón teórica de la historia mediante el análisis de la dicotomía responsabilidad/irresponsabilidad como elemento constitutivo del trabajo del historiador. En sus páginas, plantea la existencia de tres dimensiones de la responsabilidad histórica, señalando su relación fundamental con la intersubjetividad temporal y afirmando, al final, la importancia de los valores de la interpretación «metódica» de la historia. Peter Mandler, autor del segundo de los artículos, parte de su experiencia autobiográfica en el universo académico anglosajón para definir el concepto y alrededor del mismo indicar a los historiadores, tanto las responsabilidades que no deberían reclamar en la sociedad contemporánea como aquellas que les corresponden legítimamente y deben defender ante las intromisiones del presente y los usos políticos de la historia. El trabajo siguiente, obra de Francisco Javier Caspístegui, intenta explicar

---

39 Coordinado por FAY, B. el monográfico: «Historians and Ethics», *History and Theory,* 43/4 (2004), reunía las colaboraciones de R. T. Vann, J. Cracraft, K. Jenkins, E. D. Ermarth, F. R. Ankersmit, J. Gorman, J. Rüsen y A. De Baets. El libro de DUMOULIN, O.: *Le rôle social de l'historien.*

40 La actualidad del debate en las esferas del pensamiento político y la filosofía de la historia, en el artículo de AGUILAR, R.: «Responsabilidad», en P. Cerezo Galán (ed.), *Democracia y virtudes cívicas,* Madrid, Biblioteca Nueva, 2005, pp. 339-381; y la parte dedicada por CRUZ, M. a la «Responsabilidad» en su libro: *Las malas pasadas del pasado. Identidad, responsabilidad, historia,* Barcelona, Anagrama, 2005, pp. 89-144. Como ejemplo de un trabajo polémico por sus conclusiones a partir del análisis de las «consecuencias de las acciones» a largo plazo, el de CLAIR, J.: *La responsabilidad del artista. Las vanguardias entre el terrorismo y la razón,* Madrid, Visor, 1998.

41 El otro paradigma sería el generado por la obra de Hayden White. Así lo señala G. G. Iggers en su colaboración al libro homenaje que dedicaron los historiadores alemanes a Jörn Rüsen, «Reflections on Writing a History of Historiography Today», en H. W. Blanke, F. Jaeger y T. Sandkühler (eds.), *Dimensionen der Historik. Geschichstheorie, Wissenschaftsgeschichte und Geschichtskultur heute. Jörn Rüsen zum 60. Geburstag,* Köln, Böhlau Verlag, 1998, pp. 197-208; y reitera en su artículo «Historiography between Scholarship and Poetry: reflections on Hayden White´s Approach to Historiography», *Rethinking History,* IV, 3 (2000), pp. 373-390.

las paradojas a las que se enfrenta la historia y el oficio de historiador, explorando en la genealogía los signos de la profesión y en una actualidad marcada por la presencia judicial y la turbia «memorialización» de la historia. Después de analizar diferentes propuestas que abordan el componente ético de la disciplina y la responsabilidad del historiador, la conclusión tiene forma de pregunta, que Caspístegui formula en estos términos: ¿qué hacer con los historiadores hoy?

Algunas contestaciones laten en la segunda parte de este monográfico donde se presenta la otra cara de la misma moneda: la razón práctica de la responsabilidad al hacer la historia. Escrito por Jean François Chanet, el cuarto de los artículos aborda desde el presente los efectos de la «crisis de identidad» de la nación francesa y el cuestionamiento de las responsabilidades que pueden corresponder a los historiadores para remontarse hacia atrás en el tiempo, antes de proponer una hipótesis de trabajo final: la realización de un nuevo *combat pour l'histoire.* Este recorrido implica una comparación con el pasado (la confianza nacional y disciplinar de los historiadores de la Tercera República frente a la «crisis del régimen moderno de historicidad», las incertidumbres epistemológicas y las polémicas actuales sobre la historia nacional) y comporta unas premisas que al mismo tiempo delimitan el campo de estudio de la historia y la actividad científica del historiador (en los terrenos de la enseñanza, la justicia y la memoria). A la renovada *cuestione nazionale* está dedicada la colaboración de Raffaele Romanelli. Lo que le importa al profesor florentino es resaltar los distintos aspectos y diferentes sentidos que presenta el problema en tres tiempos históricos seleccionados. Este acercamiento discontinuo le permite elegir situaciones y ejemplos representativos, destacando el papel desempeñado por los historiadores en la creación de los «cánones» nacionales (desde el primer *Risorgimiento* hasta la *Resistenza* y la «guerra civile»). Situando como eje central de su análisis el conflicto histórico surgido de la confusión entre la política de nacionalización y la modernización fragmentaria de las «dos Italias», Romanelli concluye señalando el nuevo significado político que ha adquirido el revisionismo en la actualización del debate sobre la *identità* italiana. Por último, desde la perspectiva de la historia de la historiografía, Miquel A. Marín se centra en el franquismo, uno de los momentos de la historia contemporánea nacional que se inventó una mitología propia. Planteado el estudio como una reflexión teórica sobre el mito, vale la pena observar, en todo caso, cómo a lo largo del trabajo subyace la reclamación histórica de la responsabilidad a los historiadores que participaron en la reconfiguración de la disciplina histórica y la mitologización del pasado, contaminados por el objetivo político de promover una idea de España ontologizada y una visión de la *identidad colectiva* estática, atemporal y monolítica (que suele ser la preferida de los patriotas). Como arriba se indica, no parece que el tema ande agotado entre nosotros y en el proyecto inicial de dossier figuraban otros artículos sobre «mitología e historia» que al final no se concretaron[42].

---

[42] Al propósito está reciente la publicación del dossier coordinado por CANAL, J.: «El nacionalismo catalán: mitos y lugares de la memoria», *Historia y política. Ideas, procesos y movimientos sociales,* 14 (2005/2), pp. 7-241.

Creo oportuno concluir subrayando que la *responsabilidad* como producto de las convicciones generadas por la espiral histórica de la profesión, otorga a los historiadores profesionales una peculiaridad única e irrepetible, que hace muy necesario su conocimiento. No como una herencia muerta que nos pertenece sin mérito, impuesta por el espesor de la tradición, sino como algo que nos atañe de manera directa por tratarse de una exigencia que el trasfondo problemático y diferente de las sociedades contemporáneas ha traído hasta nosotros. En este sentido, el *retorno de la responsabilidad* ha constituido un territorio para la redefinición y la discusión teórica acerca del trabajo del historiador. Un espacio para el debate que nos permita entender los elementos éticos de una actividad intelectual y al mismo tiempo social que, navegando entre el Escila y el Caribdis, entre las tentaciones del presente y las esclerosis múltiples de las doctrinas, debemos reconquistar y pensar cada día como un estímulo y un proyecto de futuro.

Para acabar quiero agradecer a los profesores de la Universidad de Salamanca, Manuel Redero y María Dolores de la Calle, la confianza que tuvieron conmigo al encargarme la formación de este dossier con el que inicia su andadura *Alcores. Revista de Historia Contemporánea*. Con la segunda he contraído una deuda especial pues, además de aceptar mis sugerencias, hizo la idea suya y la ha mantenido, a lo largo de los meses, hasta conseguir llevarla a la práctica. Mencionar a Jörn Rüsen, Peter Mandler, Jean-François Chanet, Rafaelle Romanelli, Francisco Javier Caspístegui y Miquel A. Marín Gelabert, es para mí un honor inestimable. A todos ellos, desde los especialistas más renombrados hasta los más jóvenes, que aceptaron colaborar de manera inmediata y se comprometieron con el proyecto, mi más profundo agradecimiento. Reconocimiento que hago extensivo a Mercedes Yusta, José Luis Ledesma y Pedro Royo por poner a mi disposición su escaso tiempo para encargarse de traducir los textos. Y por extensión agradezco a Fermín Carnero, director de la Fundación 27 de Marzo que edita la revista, y a todos los que han participado en la producción de la misma.

Palma de Mallorca, 20 de mayo de 2006.